

Esta noche, el Gran Terremoto

Leonardo Teja



ANTÍLOPE

Para Julia, porque me vendió un pastel.

—¿Qué es lo que nos hacía falta? —preguntó el doctor sonriendo al niño. Cottard se agarró de pronto a la portezuela y gritó con voz llena de lágrimas y furor:

—Un terremoto. Pero uno de verdad.

Albert Camus

*Es medianoche. La lluvia azota los cristales.
No era medianoche. No llovía.*

Samuel Beckett

i.

¿DESDE CUÁNDO LE IMPORTA LA LLEGADA DE ^{EL} GRAN TERREMOTO A ESTA CIUDAD?

NUNCA SUPE qué responder en esa pregunta de la Encuesta. La dejaba para el final. O escribía algo equivalente a no responderla, algo como “Desde siempre, por supuesto, ¿por quién me toman?”. Mucha gente decía con orgullo, o cansancio, que acostumbraba poner cualquier cosa para sacarse de encima el compromiso y nunca les había pasado algo, como amenazaban las autoridades que podría pasarle a quien se burlara de las preguntas de la Encuesta. Con el tiempo la pregunta cambió a “Sin usar **SIEMPRE**, ¿desde cuándo le importa la llegada de ^{el} Gran Terremoto a esta Ciudad?”.

Recuerdo que en casa me guiaban, aunque eso iba en contra de las reglas, para responder con quejas disfrazadas, tales como “...la llegada de ^{el} Gran Terremoto me importa desde que tengo uso de razón, y por eso no creo necesario que los simulacros nocturnos me saquen de la cama en días de escuela”. Para las otras preguntas, siempre, quiero decir, la mayoría de las veces, tuve una libertad absoluta.

PAPEL MONEDA, RÉPLICA NO NEGOCIABLE

EN LA ESCUELA NO ERA DISTINTO. Desde el tercer grado nos enseñaban la importancia de la llegada de ^{el} Gran Terremoto. Recuerdo especialmente a la señorita Susana, tras su regreso de unas largas vacaciones.

Se había ausentado durante todo segundo año para arreglar una dislalia: ceceaba al hablar. Todos lo hacíamos en esa clase, en mayor o menor grado, y por eso nos conocían como el grupo ceceante. Nadie podía escapar de la etiqueta, ni siquiera nuestra profesora: Susana Salmones. Cada vez que alguno de nosotros pronunciaba completo ese nombre, se podía ver la incomodidad en el rostro de la señorita Susana: endurecía la mirada, abría las fosas nasales y apretaba tanto la boca que sus labios palidecían como el ano de un gato. Se había ausentado para intentar corregir el problema y, de ese modo, poder enseñar a un grupo menos estigmatizado; sólo pudo hacerlo parcialmente, y por eso tuvo que regresar a su escritorio frente a nosotros. Eso sí, con el humor avinagrado.

Sin embargo, la gota que le derramó el vaso, como suele decirse, a la señorita Susana, fue la noticia de que, precisamente para el año de su regreso, el Órgano Rector

de Educación Básica había decidido quitar los libros de Historia, sustituyéndolos con cajas y más cajas en las que sólo había fajos de billetes. O mejor dicho, réplicas no negociables de cada papel moneda que hubiera circulado desde la fundación de esta Ciudad. Bajo el nuevo sistema, la señorita Susana comenzaba cada clase con una queja sobre el asunto. Decía que así no era posible enseñar nada a nadie y que, encima de eso, no ganaba lo suficiente como para enmarcar y empotrar los billetes con dinero de su bolsa.

No recuerdo cuántos marcos colgaban en la pared del salón. Lo que no se me olvida son los cientos de retratos de próceres que estaban impresos en cada réplica; cada uno parecía mirar algo que sobrevolaba nuestras cabezas, pero sin tener una opinión fuerte al respecto.

PROFA. SS: (*Aburrida, en monólogo didáctico*) A ese hombre del billete de un millón de centavos le debemos patria y soberanía... Al de cuatro con cincuenta y tres, la edificación del Acueducto... El del billete de ochenta y nueve inauguró el Acueducto... El de bigotes y casaca militar, de $\frac{1}{4}$, destruyó el Acueducto con una sola carga de dinamita y una mula... La mujer del billete de doce prohibió la concepción entre primos hermanos... La de setenta mil fue la primera en leer un decreto oficial con los ojos vendados... (*sus ojos chispean de pronto*) Este hijo de puta no debería estar en ningún billete...

INFANTE CUALQUIERA: (*Impertinente*) ¿Por qué?

PROFA. SS: (*Controlándose para no alzar la voz*) Proscri-

- bió la existencia de los impuntuales.
- YO: ¿Profesora, algún día, alguna cara de alguno de nosotros podría estar impresa en algún billete?
- PROFA. SS: (*Sonriente, maliciosa*) A lo mejor, pero la tuya no.
- YO: (*Guardándome su sonrisa en la memoria por el resto de mis días*) ¿Por qué?
- PROFA. SS: (*Misma actitud*) O quizá sí, si cuando crezcas dejas de abusar de la palabra “algún”.
- INFANTE CUALQUIERA: (*Señalando uno de los billetes con marco individual*) ¿Éste quién es, profesora?
- PROFA. SS: (*Arqueando las cejas*) Él fue uno de los más importantes.
- INFANTE CUALQUIERA: ¿Qué hizo?
- PROFA. SS: (*Alejándose del pizarrón sin mirar a nadie*) Tomen dictado; pregunta de examen. Él fue quien predijo la inminente llegada de ^{el} Gran Terremoto a esta Ciudad.
- YO: (*Desorientado*) ¿Quién?
- PROFA. SS: ^{el} Gran Terremoto.
- YO: (*Familiarizado*) Ah, sí. Él.
- INFANTE CUALQUIERA: Nunca he sabido cómo se escribe, profesora.
- PROFA. SS: (*Hiriente*) Ay, por favor, pues así: como se escucha.
- MISMO INFANTE CUALQUIERA: (*Casi arrepentido, temeroso*) ¿Podría deletrearlo?
- PROFA. SS: (*Como tarabilla*) Sí: GE, ERRE, A, ENE espacio, TE, E, ERRE, ERRE, E, EME, O, TE, O punto.
- OTRO INFANTE CUALQUIERA: Más lento, por favor.
- PROFA. SS: (*Acompañando cada sonido con un golpe en el*

escritorio)

GE

ERRE

A

ENE espacio

TE

E

ERRE

ERRE

E

EME

O

TE

O punto.

INFANTE CUALQUIERA: ¿Puede escribirlo en el pizarrón?

PROFA. SS: (*Resignada*) Tú misma pasa a anotarlo.

INFANTE CUALQUIERA: Oiga, ¿qué rima con terremoto, profesora?

PROFA. SS: (*Autómata*) Pues, zigoto.

INFANTE CUALQUIERA: ¿Qué más?

PROFA. SS: (*Como repitiendo los metales inertes de la tabla periódica*) Roto, reboto, copiloto, abarroto.

INFANTE CUALQUIERA: ¿Qué más?

PROFA. SS: (*Como repitiendo las indicaciones para cobrar un cheque*) Control remoto, voz y voto, Reino de Lesoto.

YO: (*Sin más espacio en la hoja*) ¿Qué significa inminente?

PROFA. SS: (*Mirando su reloj pulsera*) Eso sí es muy básico, no puedo regresarme tanto. Por hoy termina la lección de Historia, vayan a recreo.

¿HABLA LA POSTERIDAD?

*DE NINGUNA MANERA, ella
no puede contestar.*

*Imposible; fíjese que lleva
mucho tiempo en cama.*

*Ha sido sobornada de
gravedad.*

*Estaba fingiendo,
tiene que guardar la com-
postura ante todos ustedes;
pero se muerde las uñas
desde la promesa
de ^{el} Gran Terremoto.*

*Que vendría, que estarían
juntos.*

Pero es urgente.

¿Se puede saber por qué?

*¿Por quién? ¿Qué la hizo
cambiar de opinión?
Siempre nos ha parecido
tan dueña de sí misma.*

¿Qué le prometió?

Esas son dos promesas.

*Creyó ambas en el mismo
instante.*

*¿Cuánto tiempo le
prometió que estarían
juntos?*

Poco, pero sin tregua.

*¿Y cuándo le dijo que
vendría?*

Lo mismo preguntó ella.

...

...

Y ¿qué respondió?

¿Palabras textuales?

...

*“...en la primera oportuni-
dad que se presente,
querida mía.”*

CÍCLOPE

LA PRIMERA LLAMADA al simulacro nocturno me sorprendió acodado en la barra de la cocina, a un metro del teléfono alámbrico y a pocos centímetros de una taza de café que se había enfriado en el trascurso de la tarde. Hasta ese instante caí en cuenta del tiempo que había matado leyendo sobre los distintos tipos de recepcionistas que existen en los hoteles. Eran veintitrés y cada uno encerraba subcategorías, de acuerdo con los autores del manual.

Aproveché la pausa entre la primera y la segunda llamada del simulacro para ir al baño y ventilar un poco el cuarto. Al llegar a la ventana no quité de inmediato el seguro, primero ojeé a través de las persianas. Tres pisos abajo, en la calle, las maniobras para cerrar la avenida principal comenzaban. A pesar de la hora, se había formado un cuello de botella con autos que no tocaban el claxon. Cuando el último convoy cruzó la cinta asfáltica, su velocidad me pareció constante, como si los conductores hubieran dejado el movimiento de sus vehículos en manos de un poderoso imán que los atraía desde el otro extremo de la vía. En las banquetas, algunas personas ya

habían apartado un lugar en el simulacro; antes de la tercera llamada, la calle estaría abarrotada de sillas plegables, una que otra tienda de campaña y algunos atalayas improvisados en los semáforos. Debido al ángulo de mi ventana, todas las cabezas que veía me parecían de niños desgreñados por el sueño, obligados a levantarse en la madrugada para presenciar la llegada de ^{el} Gran Terremoto; algunos sí lo eran, pero otros eran calvos, o canosos, y entonces terminaba la confusión para mí.

Quitó el seguro y subí las persianas. Se inyectó una franja de luz en el cuarto, que atravesaba la cama y se detenía justamente en la puerta del baño. La luz provenía de la marquesina del hotel de enfrente. Me dejé encandilar unos minutos.

Cuando sonó la segunda llamada del simulacro, comenzaron a encenderse más luces de los pisos de abajo del hotel. Imaginé que una pareja de amantes había prendido la luz para cerciorarse de la limpieza de la habitación o, tal vez, para verificar que no olvidaban nada. Miré hacia la calle nuevamente y reconocí a más vecinos, algunos se habían juntado en parejas para repasar el guión del simulacro, iluminaban las páginas con cerillos, sincronizaban las cabezas en pequeñas negaciones. Tras unos segundos el cerillo se apagaba, debía ser, en los dedos de alguno, yo escuchaba la queja de dolor y la escena quedaba a oscuras. Por lo menos hasta que se encendía otro cerillo y los vecinos regresaban a la lectura. Tras unos segundos el cerillo se apagaba, seguramente, en los dedos de alguno, yo escuchaba otra queja de dolor y la escena se repetía. De vez en cuando alguien alzaba la voz, alguna línea del diálogo en el simulacro, pero a mi ventana sólo llegaba un sonido ininteligible.

Después de un rato de observar, me alegré de no tener un papel importante en el simulacro de esa noche: tenía el de un hombre que desconoce la hora de su segunda entrevista de trabajo y la llegada de ^{el} Gran Terremoto lo toma al pendiente del teléfono.

Las ganas de orinar me apartaron de la ventana, pensé que la administradora del hotel no se atrevería a comunicarse antes de la tercera llamada ni durante el simulacro. Lo mejor sería tomar un baño y esperar enfundado en una camisa limpia, listo para salir en cuanto ella me lo indicara. Dejé correr el agua de la regadera para que se entibiara un poco. Desnudándome, pensé que no existía un mejor horario para que ^{el} Gran Terremoto llegara a esta Ciudad. Si yo fuera él, evitaría el barullo en las calles y me concentraría en visitar a los insomnes, porque no conozco una espera más honesta que la que nos convierte en cíclopes tras las persianas.

CROQUIS

LA PRIMERA ENTREVISTA DE TRABAJO había carecido de formalidad. O, quizá, yo la recordaba así, como un encuentro ríspido con la administradora del hotel: tras pastorearme con la mirada hasta la recepción, ponerse unos lentes y escuchar que me interesaba la vacante de recepcionista, aquella mujer se limitó a preguntar cómo me llamaba y dónde vivía. Decidí entrar a su juego y deslicé sobre el escritorio una solicitud de empleo donde estaban esos datos, pero ella ignoró el gesto decididamente. Repitió sus preguntas mirándome por encima del bisel de sus lentes. Cuando terminé de hablar, tomó un lápiz, alisó varias veces una servilleta con el dorso de la mano y dibujó un triángulo escaleno. Lo examinó unos segundos, hizo correcciones, quedó satisfecha con su trabajo y metió la servilleta entre las páginas centrales de un libro que llamaba mi atención por amarillento y descuadrado, así como por su grosor. Era el *Manual de procedimientos para la llegada de ^{el} Gran Terremoto del Gremio Ciudadano de Alojamiento Nocturno*. Me lo acercó sin dejar de mirar el cuello de mi camisa o algo en esa misma dirección.

Dijo que estudiara el manual a fondo, que nos veríamos de nuevo en dos días. El proceso de contratación seguiría, pero ya no en el hotel sino cruzando la avenida, en uno de esos cafés de chinos que son famosos por dar servicio las veinticuatro horas. Hojeé el manual y encontré la servilleta totalmente planchada entre las páginas 354 y 355. Se trataba de un croquis donde se unían tres puntos, el hotel, mi edificio y el café de chinos, nada más. Antes de que pudiera preguntarle a qué hora sería la segunda entrevista, la administradora del hotel me dijo que eso era todo, que estuviera al pendiente del teléfono y le dio unas palmaditas a la solicitud que se había quedado a su alcance todo ese tiempo.

“PRÓLOGO” EN *MANUAL DE
PROCEDIMIENTOS PARA LA LLEGADA
DE ^{EL} GRAN TERREMOTO DEL
GREMIO CIUDADANO DE
ALOJAMIENTO NOCTURNO*

QUERIDO Y FUTURO RECEPCIONISTA

Una de las razones por la que estás leyendo ahora mismo este manual es porque aún no llega ^{el} Gran Terremoto, pero, al igual que mucha gente allá afuera, sigues pendiente de las señales, participas en los simulacros, en la Encuesta, en los concursos, en las colectas, en las cadenas de oración, en las brigadas y, cuando duermes, no reprimes aquellos sueños en los que ^{el} Gran Terremoto te visita, cuando desde tu cama te da la impresión de que entra por la ventana y camina ruidosamente por tu sala, hurga en la cocina, se va al baño, abre la regadera y prende el foco del lavabo para revisar el estado de sus amalgamas y, como nosotros, has ido más allá y te has unido al Gremio Ciudadano de Alojamiento Nocturno.

Déjanos felicitarte porque quizá no sólo estás seguro de que ^{el} Gran Terremoto llegará, sino de que te gustaría ser quien lo reciba, quien coordine su estancia y su descanso en el hotel donde trabajas ahora. No es poca cosa, imagina la lotería; sin embargo —no te vamos a mentir— a veces será muy ingrato tu trabajo. Habrá engaños, y toda clase de situaciones que te pondrán a prueba. Aun-

que es sumamente sencillo evitarlo, ten en cuenta que podrías terminar tus días en la cárcel. No te preocupes, te vamos a ayudar. Por eso hicimos este manual. Para ti, futuro recepcionista, en quien desde ahora depositamos nuestra confianza incondicional. No lo uses como paraguas, pero, sobre todo, no te dejes engañar, tú no.

Sin intención de adelantarnos, sólo de antojarte la lectura, te diremos que la presente edición tiene ventajas sobre las anteriores: ahora puedes revisar al final del volumen el apéndice de testimonios de personas que aseguran haber visto a ^{el} Gran Terremoto. Hemos ampliado el catálogo de familias tipográficas que podrás utilizar en la banda de bienvenida. Continúa así, no claudiques, aunque esperar a ^{el} Gran Terremoto pueda sentirse como una noche interminable de insomnio. Vas a estar bien.

Así lo esperamos nosotros. Los autores de este manual.
Saludos fraternos.

LLAMADA BREVE

CON EL SEÑOR *Pirita*.

Sí, él habla.

¿Todavía le interesa ser nuestro recepcionista?

Sí.

¿Entonces por qué dejó sonar tantas veces el teléfono?

Estaba en el cuarto, secándome entre los dedos de los pies.

Es una pena, porque comenzó a llover.

Tengo un paraguas.

No es para tanto. Dígame, ¿tuvo oportunidad de estudiar el manual?

Sí.

¿Tiene el croquis que le di?

Sí, aquí está.

¿Podrá interpretarlo para llegar en veinte minutos?

Sí.

*Lo veo en quince minutos,
entonces.*

PARAGUAS

RESBALÉ EN LA ESCALERA antes de alcanzar la salida del edificio. Ninguno de los vecinos se había ocupado en secar los escalones al término del simulacro. Mi primer instinto, al estar parado en la llovizna, fue cubrirme la cabeza con el manual. Luego recordé dos de las recomendaciones que los autores incluyen a lo largo del tomo: no despegarse de las páginas del manual, por lo menos hasta que uno fuera capaz de repetir sin errores qué hacer en caso de que ^{el} Gran Terremoto llegue a hospedarse en una de las habitaciones, y la de no usar el manual como paraguas. De mala gana recorrí un hoyo a mi cinturón y acomodé el mamotreto entre mi espalda y el pantalón.

El café de chinos me esperaba a unos trescientos metros a la izquierda de mi edificio; al final la lluvia no era muy tupida, incluso sentí cómo una frescura eléctrica me reanimaba el cuerpo. En el camino tropecé con un paraguas, estaba abierto y con el mango apuntando hacia el cielo. Algunas de las varillas habían perforado la tela y eso evitaba que la parte más honda se anegara. No es extraño encontrarse objetos cubiertos de confeti, estropeados y sin dueño en medio de la calle después de un Simulacro

a la llegada de ^{el} Gran Terremoto. La gente pierde cosas todo el tiempo y no se da cuenta hasta que la adrenalina baja. Pensé en mi propio paraguas, que me estaría esperando junto a la ropa, colgado en el tubo del clóset, como un murciélago que toma la siesta.

SEGUNDA ENTREVISTA DE TRABAJO

YO CONOCÍA EL CAFÉ DE CHINOS: en todo momento lo gobernaba un olor a pan recién hecho, y la tiranía del amarillo no se limitaba a la fachada ni al uniforme del personal. A esas horas, solía haber varias mesas ocupadas, sin embargo, no se hubieran necesitado más de tres para acomodar en ese momento a todos esos comensales juntos.

En los primeros metros el mesero que yo siempre había juzgado como vanidoso, no sé por qué, me salió al paso; tenía una boca excesivamente pequeña. Cuando me lo llegaba a encontrar en los simulacros, lo imaginaba ocupando parte de sus descansos encerrado en el baño, dándole pequeños besitos al espejo. Quería saber si yo iba a comer algo, o si sólo estaba ahí para una segunda entrevista de trabajo, *como los demás*. En tal caso había un consumo mínimo que incluía las cocas de la encargada del hotel, pero no los sobres de azúcar ni la propina.

¿Ya está aquí la encargada del hotel?

El mesero torció los ojos al escuchar mi pregunta, agregó que debía ir de inmediato ahí, y señaló a la única

mujer sentada en uno de los gabinetes acolchados donde acomodan a las familias durante el día: ni más ni menos que la administradora del hotel, quien tenía las narices metidas en un montón de papeles sueltos por la mesa. El mesero fue a la cocina serpenteando entre las sillas con la velocidad habitual de su gremio.

Desde la primera entrevista había sentido que una desconfianza silenciosa, pero evidente, circulaba entre la administradora del hotel y yo. Como si nos hiciéramos las mismas preguntas incómodas acerca del otro y las respondiéramos con información propia. Cuando estuve lo suficientemente cerca como para hacerme presente, ella reparó en mí y comenzó a revolver los papeles en la mesa, algunos sobres de azúcar cayeron al piso sin que ella se ocupara de recogerlos. Sonrió al encontrar un fól-der debajo de un vaso con melaza oscura en el fondo. Entendí que la sonrisa era enteramente para sí misma. Le estreché la mano y me senté.

Ya sé de dónde lo conozco
a usted, señor Pirita.

Sí, nos vimos hace dos
días y me dio este manual
para que...

Era 1996.

Perdone, pero yo tenía
ocho años y...

Y participó en el Concur-
so escolar de dibujo a la
llegada de ^{el} Gran Terre-
moto. ¿Me va decir que no
se acuerda?

Recordaba los concursos, pero no supe qué decir hasta que, del fólder que había rescatado de la mesa, ella sacó una bolsa hermética-traslúcida que me puso a la vista sin dejar que la tomara. A pesar de las marcas rojas, y de que un montón de notas, probablemente de los jurados, saturaban la hoja, pude conocer uno de los dibujos que había hecho bajo la tutela de la profesora Susana. El dibujo no era horrible pero tampoco había sido lo suficientemente bueno. El cañón de un revólver se asomaba del bolsillo de la camisa de ^{el} Gran Terremoto.

Comprendo por qué
no gané.

Fue finalista. La idea de un plátano madurado en el bolsillo nos agradó a todos. Yo fui jurado ese año.

¿Y por qué no gané,
entonces?

No alce la voz; no me haga pensar que es usted un idiota. Le hice un favor. Yo lo gané en el 76.

¿Entonces los rumores son
ciertos?

Cambiamos de tema. Le cuento luego, tal vez en otra entrevista, si es necesaria. Ahora dígame una cosa, ¿piensa que el hecho de que estemos aquí sentados quiere decir que la vacante es suya?

Me dio el manual para que lo estudiara.

Sólo quiero que sepa algo, señor Pirita: el anterior recepcionista resultó ser un incompetente y, a menos de que llegue ^{el} Gran Terremoto pronto, terminará sus días en la cárcel. Sospechamos que sus padres eran primos hermanos. Pero dígame por qué quiere ese puesto en el hotel, ¿por qué precisamente ese? Tenemos más. Un cocinero, por ejemplo, prácticamente no hace nada, nunca aparece, jamás he visto que alguien le pida si quiera un huevo frito.

Vivo cerca y...

Eso ya lo sé. Convénzame de escogerlo a usted y no a otra gente; mire a su alrededor. Todos estos son elegibles. Por ejemplo, la muchacha de la falda que está en la barra. Fíjese cómo desmenuza el pan antes de metérselo a la boca. Me encantaría tener esa ceremonia en la recepción, pero no me lo permito, señor Pirita. Imagine que llegara ^{el} Gran Terremoto y encontrara migajas en mis comisuras.

Entiendo.

No es cierto, señor Pirita. Y le voy a decir por qué. Viene aquí, a jugarse la carta de que vive cerca cuando sabe perfectamente que el peligro de llegar tarde es sólo para usted. Vea a ese hombre robusto de la esquina. Dijo que era muy fuerte y yo le creo,

se le nota en todo ese pelo que ha perdido por la testosterona. Además, vive aún más cerca. El croquis que le hice casi forma un triángulo obtuso. Para que me entienda mejor, mientras que usted tiene que hacer una *e* mayúscula para llegar al hotel, él sólo tiene que hacer una *e* minúscula. Nos sería muy útil si ^{el} Gran Terremoto llega con mucho equipaje, o muy borracho o si hay que arrullarlo en brazos para que concilie el sueño. ¿Comprende?

Bueno... la razón por la que quiero el puesto es la posibilidad de ver mi cuarto desde la marquesina del hotel todos los días.

La verdad.

En ese momento, la administradora del hotel estaba tan cerca que pude ver mi reflejo, diminuto, en sus vehementes ojos pardos. Apretó los labios, como la señorita Salmones hacía con su boca, como los gatos hacen con el esfínter.

El puesto es suyo. Desde el principio lo fue, sólo quería cerciorarme de algunas cosas. Continúe con el manual, memorícelo para mañana y póngase una camisa que no huela a encierro.

¿Y toda esta gente?

¿No le parece que a los
solitarios los deberían
sentar todos juntos en una
misma mesa?

Yo...

Exacto. Usted. Estábamos buscando a alguien
como usted, señor Pirita. Alguien mediano, me-
dianito. El trabajo es muy simple, no abandone la
lectura del manual. En caso de que cumpla nues-
tras expectativas podemos renegociar el sueldo.

¿Cuál es el sueldo?

Lo vemos después. Usted
paga la cuenta.

Pero nunca me trajeron
nada.

A mí sí. Tres cocacolas.
Que no lo engañen,
siempre cargo mi propia
azúcar.

¿Ya terminó la entrevista?

Sí. Con su permiso.

CONCURSOS ESCOLARES DE DIBUJO

ERA CIERTO. Igual que todos los niños de esta Ciudad, yo había participado en las convocatorias de esos concursos. Las bases eran puntuales y tomaban una importancia mayúscula cuando la profesora Susana las leía lenta y ceceadamente; buscaba, sobre todo, que entendiéramos la diferencia entre los concursos de las predicciones sobre la llegada de ^{el} Gran Terremoto, de los de los próceres de esta Ciudad, de los de los padres, los de los abuelos, los de los peces dorados, los de los artistas extranjeros del momento y los de las semillas que no era conveniente ingerir. Cada año, el Órgano Rector de Educación Básica premiaba los mejores trabajos de los alumnos de primer ingreso con un diploma y un boleto en primera fila para la temporada de *Simulacros* de la Compañía de Teatro de esta Ciudad.

Había oído decir que para evitar que los jurados abandonen el trabajo argumentando tener cosas mejores que hacer, se les amenaza con publicar, en la portada de los periódicos de mayor circulación, los dibujos con los que ellos mismos ganaron el concurso cuando eran niños. Entonces, aterrados, y sintiéndose unos canallas por

ser ellos quienes estigmatizan a los próximos jurados, se coordinan para que el dictamen quede lo mejor hecho posible; acuden a las premiaciones, felicitan a los ganadores, posan para la foto del recuerdo, leen con un poco de envidia los nombres de los participantes que ganan menciones honoríficas y que no tendrán que ser jurados en el futuro.

También había oído decir que, al término de la jornada, reciben un cheque con tres ceros y un sobre color beige membretado con el escudo de armas de esta Ciudad en cuyo interior está, precisamente, aquel dibujo con el que ganaron alguna vez el concurso. Hay historias sobre algunos que se van directo al baño para destrozar ese papel amarillento o comérselo ahí mismo; otros esperan a llegar a su casa para incinerarlo en el calentador de agua. Dicen que, si durante el brindis de la premiación algún sobre llega a extraviarse, el pobre diablo descuidado se condena a vivir el resto de sus días bajo el temor de contestar el teléfono y recibir un chantaje de quien tuviera el dibujo donde estaba inmortalizado un cielo rojo, o un plátano madurado en el bolsillo, o cualquier otra de las predicciones que la gente suele decirle a los niños, para darles ideas, mientras piensan que les hacen algún favor.

GENTE QUE ASEGURA HABER VISTO A ^{EL} GRAN TERREMOTO. ANEXO DEL MANUAL

ANSELMO PERALTA. Estudiante de arquitectura. 22 años. Sonríe con todos los dientes cuando está nervioso. Se acuesta tarde:

“Estoy convencido de que la otra vez ^{el} Gran Terremoto visitó mi departamento. Quién más si no. Yo dormitaba entre las sábanas dejándome llevar por la sensación de estar completamente desnudo. Había estado pensando en otras cosas que también me parecían distintas si se hacen sin ropa. Por ejemplo, bañarse con ropa *versus* bañarse sin ropa; rascarse un pezón; o recostarse bocabajo en la arena; o esperar la lluvia desde un pedazo de pasto recién cortado. Pensé en cómo podría diferenciar a una empleada doméstica de su señora si las dos corrieran desnudas por la sala. Nadar también se me antojó distinto con o sin ropa; en lo último que pensé fue en un xoloitzcuintle saltando a una fuente. Entonces abrieron la puerta de la estancia.

”Quien haya sido, la deslizó pero no volvió a cerrarla. Los primeros pasos que escuché no me asustaron, tampoco los que siguieron porque casi de inmediato quedé

convencido de que se trataba de ^{el} Gran Terremoto; quién más si no él, era la hora en que dicen que puede llegar. Seguí su caminata por el departamento tan sólo por los sonidos: de la estancia a la cocina, directamente al grifo del que quizá bebió sin usar vaso; luego atravesó el pasillo que lleva al baño, se detuvo frente a mi puerta, tomó el pomo sin girarlo; después siguió al baño; prendió la luz del espejo, quizá para revisar el estado de sus amalgamas o el contorno de las ojeras que dicen que tiene; abrió la regadera, pero no se movió del lavabo. Al terminar de asearse rehízo el camino sin detenerse en mi puerta, pero sí cerrando la de la estancia.

”Todo regresó al silencio habitual. Por supuesto que yo seguí desnudo y miraba distintos ángulos del techo sin saber bien a bien si estaba enfocándome en algo.”

SALOMÓN VELÁZQUEZ. Redactor. 35 años. Poco encorvado y fotosensible, cuando sale al sol parece estar esperando un golpe a traición y por la espalda:

“La única vez que he comprado un tubo de Preparación H fue un miércoles a las 19.42 h, según el ticket del supermercado. El teléfono había sonado varias veces en la madrugada, hasta que me decidí a contestar. Estiré el brazo izquierdo hacia el buró, me acuerdo que hacía frío. Contesté un poco molesto y una voz entrecortada me avisó que un amigo, muy cercano, acababa de morir embestido por una tonelada de acero gobernada por un motor ocho cilindros; la patente de fabricación debía hallarse resguardada en la bóveda del Edificio Chrysler, en Nueva York.

”La voz que salía del aparato me daba los pocos detalles del incidente: también había muerto una chica que yo no conocía, pero que mi amigo decía amar a tal punto de perseguirla entre las avenidas tras un disparate de ebriedad. Los dos habían llegado puntuales a la coincidencia del acero, y ni siquiera hubo la necesidad de llevarlos al hospital porque ya no tenía caso. La voz me avisó del homenaje que les harían, durante unos minutos, en la radiodifusora local. Yo sería el encargado de fabricar un texto a manera de epitafio. Colgué. En ese momento, acostado en mi espalda, sentí la primera punzada, venía de un epicentro inédito: el esfínter.

”Me puse a escribir el epitafio en cuanto colgué, pero el texto no valía ni el zapato que había perdido mi amigo al momento de estrellarse contra el pavimento. Sin esperar a que la impresora terminara su trabajo, salí hacia el único supermercado que había en el barrio donde vivía. En la fila de la caja vi por primera vez a ^{el} Gran Terremoto; unos lentes oscuros colgaban del tercer botón de su camisa. Lucía impaciente y las ojeras otorgaban severidad a sus gestos. Un empacador se empecinaba en meter un tubo de Preparación H en una bolsa biodegradable, pero ^{el} Gran Terremoto se negaba a ultranza mientras esperaba a que el cajero le entregara el vóucher. Cuando el tubo de preparación H estuvo en su mano, como una especie de trofeo, ^{el} Gran Terremoto garabateó su firma sin despegar la pluma del vóucher. Después, salió del lugar dando grandes zancadas y no lo volví a ver.

”Entonces fue turno de la mujer que estaba entre nosotros dos. Parecía metódica por la manera en que había acomodado la compra del día en la banda transportadora. El cajero había dejado el vóucher de ^{el} Gran Terremoto

clavado junto a otros. Mientras esperaba mi turno pude ver con detalle la firma de ^{el} Gran Terremoto; más que su nombre, el trazo parecía la sección de un electrocardiograma.”

JORDI CELORIO. Verificador Jr. de autos ligeros. 30 años. Además de afirmar haber visto a ^{el} Gran Terremoto, cree en ovnis:

“La vez que vi a ^{el} Gran Terremoto, estaba sentado al borde de una silla de respaldo recto, él, quiero decir. Se estiraba como gato intentando mantener quietos los pies de una desnudista que bailaba sobre el escenario. La gente suele poner ahí sus tragos, pero a mí no me gusta. Prefiero traerlo en la mano, aunque se caliente más rápido. El lugar estaba poco iluminado, los meseros se movían como animales nocturnos. Algunos usaban lamparitas.

”Cada vez que ^{el} Gran Terremoto lograba inmovilizar el talón de la desnudista, se apresuraba a contarle los dedos del pie, como si no supiera que raras veces son más de cinco. Entonces ella interrumpía brevemente el espectáculo, pero a nadie le importan esas cosas, la ejecución de la coreografía, ¡bah! Para ese momento la parte superior del vestido ya debe colgar debajo de unas tetas pesadas y redondas. Aullábamos. Cuando la desnudista recuperó el pie de entre las manos de ^{el} Gran Terremoto, éste regresó a sentarse con toda la espalda, invirtió su trago en la boca hasta terminarlo y quedó un rato buscando a un mesero, yo creo que evitaba ver el escenario. Se veía absolutamente triste y borracho. A metro y me-

dio, la desnudista terminó de quitarse el vestido, estaba al centro de la pista. La música y la luz se tornaron suaves y todo quedó en silencio cuando ella se acuclilló. Los que estaban en presencia de sus nalgas quedaron absortos, pero del otro lado, desde donde estábamos viendo ^{el} Gran terremoto y yo, el espectáculo era distinto. Alcancé a ver que la desnudista había maquillado la cicatriz de una cesárea que le puenteaba el ombligo y el pubis completamente rasurado.

”La voz que anunciaba las promociones dijo que era el turno de la siguiente bailarina. La anterior bajaba del escenario, ya no tenía esa mirada feral que había mostrado durante su acto. En el último escalón, el jefe de meseros la tomó de la mano y, sin dejarla enfundarse en el vestido, la guió hasta el asiento vacío junto a ^{el} Gran Terremoto. Los dejó solos. Hubo algo de honestidad en la sonrisa cuando ^{el} Gran Terremoto le pidió que se descalzara. El mesero regresó con un par de tragos y los dejó sobre la mesa. Antes de dejarlos solos se acercó a la bailarina para decirle algo al oído, tomó una servilleta para absorber el hilillo de leche materna que bajaba hacia el vientre de la bailarina, sin que ésta le diera importancia.”

MANUAL DE PROCEDIMIENTOS

DESPUÉS DEL PRÓLOGO, el *Manual de procedimientos para la llegada de^{el} Gran Terremoto del Gremio Ciudadano de Alojamiento Nocturno* especificaba que el futuro recepcionista debía estar, sin pretexto alguno, al frente de la recepción en punto de las diez de la noche, hacer el recuento de las llaves y verificar que el teléfono del *room service* tuviera línea. El manual que la administradora del hotel me había entregado era anterior al decreto oficial que proscribía la existencia de los impuntuales en esta Ciudad. Por ello el capítulo “Retardos y Tolerancia” había sido arrancado de cuajo, aunque sí figuraba en el índice.

En capítulos generales, los que trataban sobre la convivencia con los demás empleados, el manual decía que de vez en cuando, preferentemente durante las horas de menor tránsito, el buen recepcionista debía mantener “alerta al personal a su cargo”. Yo, en lo particular, debía mantener despierto al telegrafista. También debía hablar con la única camarera por la radio para avisarle qué habitaciones tenía que arreglar y ventilar después de la salida de los amantes.

Pero el capítulo al que los autores dedicaban más páginas era el concerniente a la llegada de ^{el} Gran Terremoto, por supuesto. Ahí se repetía en varias ocasiones, y con el mismo número de ejemplos y diagramas, la manera en que el recepcionista debía mantener una habitación siempre disponible, lista para recibir en cualquier momento a ^{el} Gran Terremoto. No importaba la afluencia o la ausencia de los amantes durante el turno. El incumplimiento de esta regla le traería la desgracia al recepcionista, al parecer. Por más que lo pensaba, no lo consideré gran cosa; me sorprendió que mi antecesor no hubiera podido con el trabajo. Aunque no me agradaba estar de acuerdo con la administradora del hotel a ese respecto, llegué a admitir la posibilidad de que el anterior recepcionista hubiera sido concebido por primos, como ella aseguraba.

ii.

VERSIONES

EN LAS PRIMERAS HORAS frente a la recepción, me di cuenta de que pocas cosas funcionaban tal y como el manual las describía: el timbre de la caja registradora, la fuerza de gravedad y la prisa en los ojos de los amantes, por ejemplo. Pero había otras cosas en las que el hotel tenía una versión propia, como la manera en que las llaves de las habitaciones regresaban a mi poder una vez que estaban disponibles de nuevo.

Cada tanto, después de que una pareja cruzaba el pasillo rumbo al estacionamiento sin voltear a verme, ni mucho menos regresarme la llave, un chirrido metálico se oía a mis espaldas, adentro de la pared. Para mí, ambas cosas no tenían relación directa. Atribuí ese ruido a las ratas llevándose cucharas entre los ductos, o a los amantes deshaciéndose de sus anillos de casados en el retrete. Sin embargo, se trataba de un pequeño elevador de servicio que corría por un cubo de aire a través del edificio. Una pareja que, al parecer, visitaba con regularidad el hotel, me lo hizo ver después de que le dije que no tenía habitaciones disponibles y que, a menos de que alguno de los dos fuera ^{el} Gran Terremoto, tendría que

esperar a que se desocupara alguna. Ninguno hizo el intento de reírse.

Al escucharse el ruido que yo atribuía a las ratas, uno de los amantes se acercó con el dinero de la habitación en la mano. Lo aventó sobre el escritorio. Le repetí la negativa, pero me señaló con apuro una manija metálica que sobresalía en la pared, a un costado de la caja registradora. Se trataba de una puerta disimulada y pequeña. Fui a ella sin quitarle la mirada de encima a la pareja. Cuando abrí la puerta todavía no terminaba de bajar el pequeño ascensor que contenía, por lo menos, unos diez juegos de llaves. Resultó que por ahí las enviaba la camarera. No me molestó, solamente me hubiera gustado que me lo explicaran antes, pero seguramente ella tendría tanto trabajo como yo, o más, como para ir a la recepción exclusivamente a entregarme una llave.

Luego conocí dos versiones de cómo habían corrido a mi antecesor. La primera fue narrada por la administradora del hotel, que llegó para entregarme la radio y afinar algunos detalles generales. Entonces me contó, divertidísima, refiriéndose a mi antecesor, que *ese hijo de primos* no había sabido cómo manejar las amenazas de un hombre fanfarrón que le exigió alojamiento para él y su acompañante, un niño. El recepcionista se había dejado amedrentar por aquel sujeto que aseguraba ser influyente y había accedido a entregar la única llave de la gaveta, precisamente la llave de la habitación que siempre debía estar disponible para la llegada de ^{el} Gran Terremoto. La administradora, al darse cuenta de la situación, porque tenía ojos y orejas en todos lados, tuvo que llamar a la policía para que se hiciera cargo. Una sensación de incomodidad me mantuvo alerta hasta la hora de salir.

La administradora del hotel se había despedido después de contarme lo de mi antecesor, pero su alegría malévola se había quedado en el pasillo.

Hacia el final del turno, cuando regresaba del baño, encontré un papel encima del teléfono. El primer telegrama del telegrafista.

EL PRIMER TELEGRAMA DEL TELEGRAFISTA



TELEGRAMA

DIRECCIÓN GENERAL DE CORREOS
Y TELECOMUNICACIÓN

INDICACIONES
RECEPCIÓN

DESTINATARIO Y SEÑAS



MEXICO
\$02900
CORREOS

Tg. 2 - 3883

TEXTO:

Hoy

Todo fue rápido Administradora llegó temprano Seis policías con ella Antecesor suyo opuso 3 min de resistencia Fue inútil Una trampa desde el principio "Hombre influyente" y "amante niño" familia de la administradora Primo Javier y sobrino Javierecito Única vez que lo digo No me gusta que me despierten Bienvenido sea.

El telegrafista

SOBRE LA EXISTENCIA DE LOS IMPUNTUALES

EL DECRETO que proscribía la existencia de los impuntuales fue famoso en su época; algunos años después, el rostro del hombre que lo fraguó no tardó en estar impreso en un billete. Cuando la profesora Susana Salmones nos habló de esos años, lo hizo con rabia: un secretario del Transporte de esta Ciudad le había declarado la guerra a los impuntuales. La justificación había venido del sector corporativo. Argumentaban, a través de las palabras del secretario, que la incalculable pérdida de capital que se registraba año con año en los libros fiscales de las compañías, locales y foráneas, a causa de la impuntualidad laboral, afectaba a todos. Entonces se resolvió tomar cartas en el asunto sobre la existencia de esos ciudadanos tan perniciosos para el desarrollo de la urbe.

La medida constaba de dos etapas; la primera había sido destinar un tren a los impuntuales durante seis meses ininterrumpidos. Sólo para ellos. Y saldría tres veces a lo largo del día: a las 8.35 h, a las 14.22 h y a las 20.11 h. Entonces el tren esperaba 30 segundos y partía con quien estuviera a bordo. Para la segunda etapa del programa, se requirió que pasaran los seis meses propuestos en un

inicio para evaluar la afluencia del tren de los impuntuales. De estos datos precisamente dependió el decreto de su inexistencia. Era en realidad una trampa mortal, y *pronto lo sabríamos*, nos decía la profesora con la voz entrecortada por la ira, pues las estadísticas de los trenes decían que éstos partían totalmente vacíos, es decir que ningún impuntual lo abordaba; o que salía de la estación norte sin que en su interior hubiera espacio ni para medio silencio de pentagrama. Es decir, los impuntuales llegaban a tiempo y, por tanto, tampoco existían. En eso se basó el secretario del Transporte para declarar “tolerancia cero” hacia aquellos que insistieran en preservar la figura caduca del impuntual. A los transgresores que perforaran sus tarjetas de asistencia al trabajo fuera del tiempo de llegada se les dejaba en el estacionamiento a la espera de las famosas camionetas negras donde los subían y no se volvía a saber de ellos, ni siquiera en los libros del registro civil, o en las nóminas de las empresas.

OTRA VEZ, LA ENCUESTA

LLEGUÉ PUNTUAL a la siguiente noche de trabajo. Las cosas no se movían demasiado, el desfile de amantes era continuo y se desarrollaba sin contrariedades. Pasadas las dos de la mañana, entró a la recepción una mujer tomando fotografías con una cámara desechable. Llevaba puestos el chaleco safari y el sombrero Sarakof con los que el gobierno de esta Ciudad uniformaba a sus encuestadores. Antes de que yo pudiera decir algo, se descubrió la cabeza y alzó su gafete a la altura de la barbilla para identificarse. Imitó su sonrisa unos segundos para lucir como en la foto; sin duda era la misma persona la que sonreía frente a mí, pero sentí que estaba pagando una cantidad ridícula por un cuchillo sin filo. Sin importarle mi reacción, comenzó a hablarme protocolariamente acerca de la importancia de llenar la Encuesta con la mayor seriedad posible. En una tablilla con pinza atrapó una hoja, después calibró con tinta negra una de esas plumas que tienen un carrete de colores en la parte que se muerde.

¿Qué le pasó al anterior
repcionista?

Está en la cárcel.
¿Sabes por cuánto tiempo?
Hasta que llegue ^{el} Gran Terremoto, creo.

Eso es como cadena perpetua.

¿Y si llega hoy?

En ese caso, yo también me quedo sin trabajo.

Y yo.

Ojalá que no, ¿verdad?

Pues no.

Bueno, es como el refrán.

¿Sabes cuál?

“El Gran Terremoto llegará tarde a tu funeral”.

No, el otro.

“Si ves a ^{el} Gran Terremoto en la puerta del vecino es porque ya vio tu ventana”.

No, el otro. El que dice algo así como que ya aprendió a caminar el primero que tropezará con ^{el} Gran Terremoto.

No lo conozco.

Es igual, para responder la Encuesta sólo debes conocer uno.

Deja las que quieras en ese revistero.

Pero no lo hizo. La encuestadora, que hasta ese momento se había portado accesible, se quedó inmóvil, mirándome como si le hubiera robado un beso durante la autopsia de su padre. Respiró hondo antes de recalcar me la importancia de la Encuesta. Luego añadió que necesitaba ver el registro de empleados para dejar el número exacto de folios, más uno, por si alguien se equivocaba. Se lo di; era una lista impresa que estaba dentro de un fólder rotulado con la leyenda *No se come con la boca abierta*. Tardó unos minutos en anotar los nombres en un formato. Escribía con la frente casi pegada a la tablilla, estaba seguro de que era capaz de oler la tinta en cada uno de sus trazos. Su caligrafía era redonda, pulcra, ninguna letra se encimaba con las otras y me dio la impresión de que así eran sus cuadernos de la primaria. En algún momento tuvo que alzar la lista de empleados para verla a contraluz porque el nombre de la camarera estaba violentamente tachado. No conforme, el mismo vándalo había escrito la palabra “Sueca” a un lado de los tachones. No hubo problema para la encuestadora, anotó “Enriqueta Lanugo, camarera”, dejó las encuestas y me tomó una foto. Antes de irse, me pidió que firmara de recibido en la parte baja del formato. Después la vi salir rumbo al estacionamiento. Luego, regresar a la recepción para decirme algo que había olvidado, el tono de su voz era el de una autómatas. Alguien pasaría por las encuestas, ella u otro empleado debidamente identificado, durante el transcurso de la semana, si no llegaba ^{el} Gran Terremoto antes, claro está. Rio. En tal caso la Encuesta sería inservible y yo podía hacer lo que quisiera con los folios.

Estuve convencido de que no volvería a ver a esa encuestadora. Así pasaba siempre con ellos.

6. La vivienda, donde probablemente lo sorprenda la llegada de ^{el} Gran Terremoto, ¿es propia o rentada?

Propia Rentada

7. ¿Cuántos electrodomésticos tendrá que renovar en caso de que pasen de moda tras la llegada de ^{el} Gran Terremoto?

Electrodomésticos

8. ¿Cuántas personas dejarán de depender económicamente de usted tras la llegada de ^{el} Gran Terremoto?

Personas

9. ¿Cuántas personas cree que dejarán de depender emocionalmente de usted tras la llegada de ^{el} Gran Terremoto?

Personas

10. ¿Conoce a alguien cercano que no sepa leer o escribir la siguiente frase "Un día ^{el} Gran Terremoto llegará a esta Ciudad"? Proporcione los datos de localización directamente al encuestador.

Sí No

11. Si pudiera hacerle una pregunta a ^{el} Gran Terremoto, ¿cuál sería?

12. ¿De qué color cree que tenga los ojos ^{el} Gran Terremoto?

13. ¿Qué altura cree que tenga ^{el} Gran Terremoto?

14. ¿Cómo cree que llegue vestido ^{el} Gran Terremoto?

CORRESPONDENCIA DIRIGIDA A ^{EL} GRAN TERREMOTO (REPETICIÓN)

LA NOCHE SIGUIÓ LENTA después de que la encuestadora se fue. Aunque el manual recomendaba aprovechar las horas sin quehacer para repasar los casos poco probables, pero posibles, más comunes de la llegada de ^{el} Gran Terremoto, decidí ir a buscar la televisión portátil que había detrás del retrete. La pantalla era abombada y pequeña como la frente de los bebés que serán inteligentes cuando crezcan. La enchufé y encendió de inmediato, sin que yo tocara ningún botón.

Aunque a esas horas no me importaba qué canal se sintonizara, todo el contenido eran repeticiones, prefería esquivar algunas como la del alunizaje. Dejé de cambiar de canal cuando reconocí la música de un programa que solía ver de niño. Se trataba de la dramatización de las preguntas que la gente le hacía a ^{el} Gran Terremoto, y este contestaba. Sólo habían filmado quince capítulos y se repetían una y otra vez sin que nadie objetara. El *rating* se mantenía a lo largo del tiempo. Para mucha gente del mundo del espectáculo, ese programa había significado su salto a la fama y su vigencia a lo largo de los años. A mí me había parecido siempre una tomada de pelo; no me

cabía en la cabeza que a la gente no se le ocurriera preguntar “¿Cuándo vas a llegar?”. Se suponía que gente al azar recibía, un día cualquiera que no fuera el de la llegada de ^{el} Gran Terremoto, un sobre con las iniciales ‘gt. Esa gente abría el buzón y encontraba la respuesta a una pregunta que había escrito, quizá hace años.

“Querido ^{el} Gran Terremoto” (así empezaba cada episodio).

No sé qué estudiar y estoy por terminar el bachillerato. Debo decir que no hay otra cosa que me guste más que trazar círculos continuos en las hojas de los cuadernos. Comienzo con un pequeño origen y no separo la pluma hasta que se rompe la hoja. ¿Conoces las serpentinas? ¿Tu cabello es rizado?

A pesar de que mi familia sabe esto, insiste en que estudie algo mientras tú llegas. Tienen la idea de que no debo desperdiciar mi tiempo, de que sin importar cuándo llegues, yo debo tener una aspiración en la vida.

¿Tú qué harías en mi lugar?

Loreto.

(Después venía la respuesta de ^{el} Gran Terremoto)

Loreto:

Tu carta me genera dudas pues no me ha quedado del todo claro tu género. Te voy a contar que una vez salí con una mujer que tenía tu mismo nombre. Se apellidaba Padilla o Rivadavía, ha pasado mucho tiempo y no recuerdo con claridad. Quizá era Padilla-Rivadavía o Padillarradía. Cacofónica, al fin y al cabo.

Nunca supimos si nos habíamos querido porque nunca nos lo preguntamos. Algo sentíamos, sí, porque nos vimos una buena temporada. Luego ya no. Pero no le tengo malos recuerdos ni tatuajes que digan “Lore y Terre”. En fin. Estudia lo que quieras, eso no tiene nada que ver conmigo o con lo que tu familia crea saber de mí.

Hasta algún momento.

egt.

Otra respuesta de ^{el} Gran Terremoto:

“Esperanza:

Tu carta me recuerda la dificultad de cambiar una llanta bajo la lluvia...”

O

“...traigo a colación un episodio de mi niñez. Yo era un niño y a mi madre le daban ataques de epilepsia cuando transmitían mi programa favorito en la televisión. Les llamaba crisis o episodios o ataques de epilepsia, y ahora yo llamo episodios a algunos recuerdos de mi niñez.”

“Querido ^{el} Gran Terremoto” (esta la recuerdo completa)

Hace tiempo que deseo preguntarte algo. Lo escuché en una conversación ajena pero interesante. Yo les daba la espalda a dos voces adolescentes en el transporte. No recuerdo hace cuánto tiempo fue, o si el clima era propicio para aplazar la visita al peluquero. El hecho es que cada tanto me acuerdo de la conversación y viene la duda

que ahora te comparto (mi memoria la ha sobado tanto que ningún nombre propio figura ya): ¿qué diferencia hay entre dejarse la barba y simplemente no rasurarse?

Ojalá puedas responderme sin rodeos, porque en eso eres grande, un grandísimo puto chorero”.

(La respuesta quevedesca:)

*“Puto es el hombre que de putas fía,
y puto el que sus gustos apetece;
puto es el estipendio que se ofrece
en pago de su puta compañía.
Puto es el gusto, y puta la alegría
que el rato putaril nos encarece;
y yo diré que es puto a quien parece
que no sois puta vos, señora mía...”*

(Cada uno de los episodios terminaba del mismo modo, una presentadora, sentada, decía: “Recuerde, tome la Encuesta con la mayor seriedad, es importante y sus preguntas podrían aparecer en el programa”.)